

Nuestras interviús

Antonio Moreno

Salón de lectura en el «Ritz». Tres mesitas-escritorio de caoba junto a los amplios ventanales que dan a la plaza de la Lealtad. Muebles dorados, tapizados de seda rosa. Claveles, violetas y narcisos en los floreros de sobre las mesitas volantes.

Un señor, bajito y grueso, penetra en la sala. Mira a su alrededor y se dirige a nosotros.

—¿Gustavo del Barco, de IDEAL REVISTA?

Nos saluda afablemente.

Es José María Sánchez García, el formidable periodista que acompaña al *as* de nuestros actores cinematográficos en su viaje por Europa. A las pocas frases se ha impuesto su carácter simpático. Está afónico y se lamenta cómicamente:

—Es lástima. ¡Con lo bien que yo canto «Tosca»...!—luego, ya en serio, añade:—Antonio viene en seguida...

—¿Estarán mucho tiempo aquí?

—No. Moreno marchará mañana a Sevilla para continuar a Algeciras. Yo me marcho hoy mismo a mi pueblo: a Jaén.

Seguimos charlando. Sánchez García, con su gracejo peculiar me habla de sus trabajos en Norteamérica donde colabora en seis o siete editoriales.

Antonio Moreno aparece en el salón. Sonriente se dirige a nosotros y nos saluda con un vigoroso apretón de manos. Con elegante abandono siéntase ante nosotros. Habla con marcado acento americano. Es exactamente igual a como le hemos visto en la pantalla. Esa simpatía con que aparece en sus películas es real. Por sus ademanes, por su mímica no puede negar Moreno su sangre española. Su charla amena, pintoresca, atrae y establece una corriente inmediata de confianza. Es elegante, sin amaneramientos; correcto, sin estudio; y en sus palabras, en sus gestos, no hay ni asomo de fatuidad. Sencillo, campechano, quien con su trabajo admirable dió gloria a España.

—¡Cá, no señor!—nos dice—. Ni idea remota de que iba a ser actor cinematográfico. Ni aquí, en Madrid, en mis primeros años, ni luego en Andalucía pensé un instante en esa probabilidad... Usted sabe que en aquel entonces no había esa fiebre por el *cine* que hoy impera...

—¿Entonces, usted marchó a Norteamérica...?

—A aprender inglés y a perfeccionarme en un buen oficio. Elegí el de electricista... A los ocho años regresé a España a ver a mi madre y de nuevo parí a Nueva-York, donde unos artistas me convencieron para ingresar en su compañía de teatro.